

# EL TOREO CIENTÍFICO

La teoría de la relatividad de **EINSTEIN**  
aplicada a la Tauromaquia.



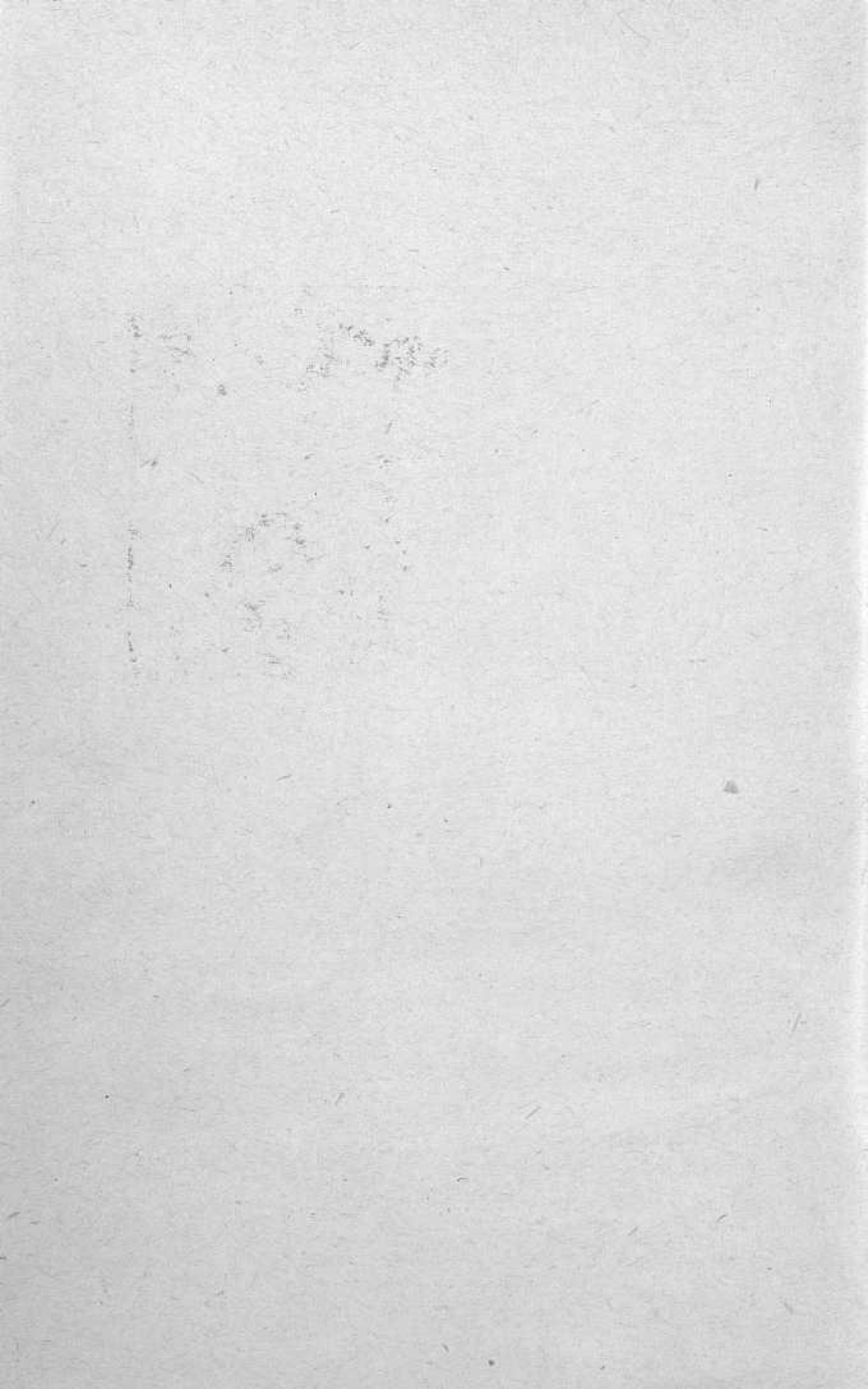
**Y** BOLVIENDO a contar lo que hizo el de la triste Figura, despues que le vio solo. Dize la historia, que assi como don Quixote acabò de dar las turnas o bueltas, de medio abaxo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vio que Sancho se auia y do, fin querer aguardar a ver mas sandezes, se subio sobre vna punta de vna alta peña, y alli tornò a penfar, lo que otras muchas vezes auia pensado.

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA *Cap. XXVI*



Conferencias sobre toros explicadas por el profesor **OTTO KAESTNER**, de la Escuela técnica superior de **CHARLOTTENBURGO**

Traducción de Fernando de **ORMAZA**



EL TOREO CIENTÍFICO

EL TONDO (MAY 1910)

d



# EL TOREO CIENTÍFICO

LA TEORÍA DE LA RELATIVIDAD DE  
——— EINSTEIN ———

APLICADA A LA TAUROMAQUIA.  
CONFERENCIAS SOBRE TOROS EXPLICADAS  
POR EL PROFESOR OTTO KAESTNER,  
DE LA ESCUELA TÉCNICA SUPERIOR DE  
CHARLOTTENBURGO, TRADUCCIÓN DE

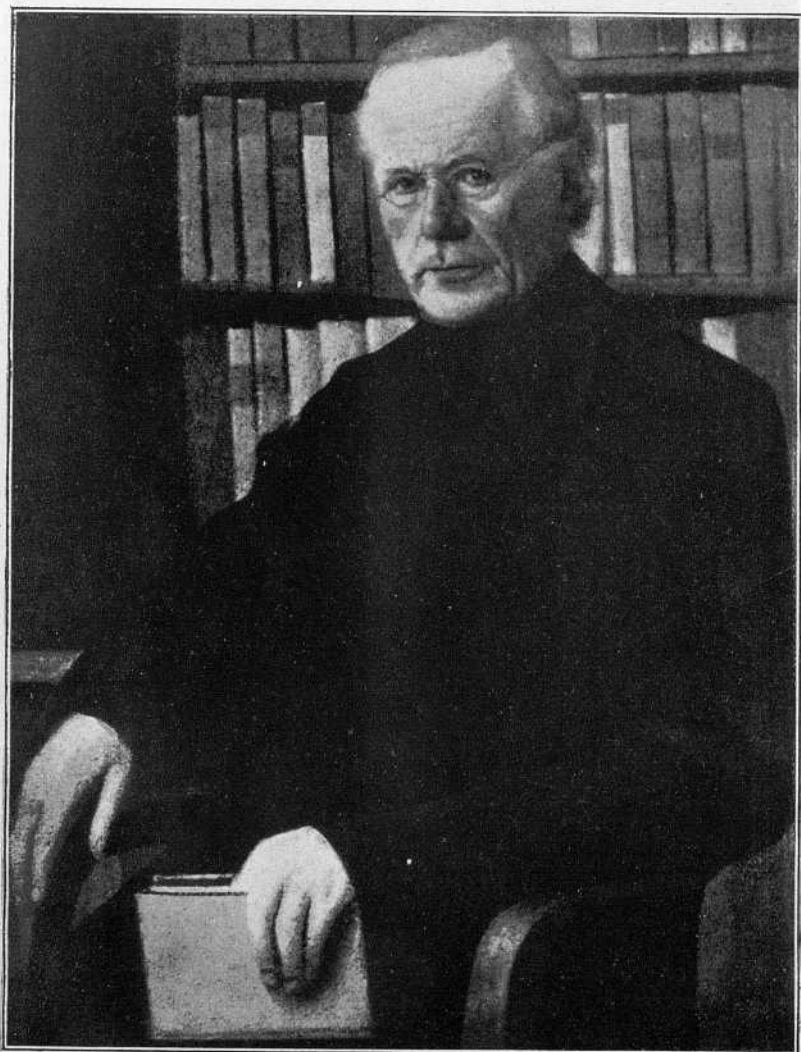
FERNANDO DE ORMAZA



GRAFICA UNIVERSAL  
PRINCESA, 14. — MADRID







Profesor Otto Kaestner, de la Escuela técnica superior de Charlottenburgo.



## PRÓLOGO DEL TRADUCTOR



UNA tarde de la pasada primavera, en casa de mi primo el arquitecto Jaime Segura, cuando en deleitosa sobremesa charlábamos, anunciaron a un señor de nombre extranjero. Encantado, ordenó Jaime que lo hicieran pasar inmediatamente, diciéndome:

Te presentaré a un amigo cuyo conocimiento quizás te será útil.

Y de entonces arranca mi cordial amistad con el profesor Otto Kaestner, de la Escuela técnica superior de Charlottenburgo. Su retrato, enviado por él mismo de Alemania, me ahorra describirlo físicamente.

La tarde a que he hecho referencia, el hoy mi buen amigo correspondió seca y distraidamente a mi saludo de presentación, extendiendo un enorme plano de Madrid sobre la mesa. Deseaba instrucciones para utilizar la tarde lo más aprovechadamente posible en las siguientes diligencias: Visitar un café cantante y una exposición de Amigos del Arte, asistir a los toros y conocer una joven complaciente. Respec-

to a este último particular, nos notificó que deseaba con preferencia una extranjera que hablara el español correctamente, dándonos la siguiente curiosa explicación del caso: «Es para practicar conversación española; los españoles hablan muy mal el castellano».

Mi condición de escritor le hizo concederme su atención unos momentos. Abandonando los lápices de colores con que señalaba en el plano los itinerarios y presupuestos necesarios para la ejecución de sus planes, me comunicó sus proyectos.

—Mi viaje a España tiene por principal objeto observar detenida y concienzudamente lo que llaman ustedes el arte del toreo. Mis aficiones a las cosas españolas, allá en Alemania, me hicieron

interesarme en la original fiesta que he decidido estudiar conforme al moderno criterio científico. El arte está muy en su punto después de haber dicho la Ciencia su última palabra sobre un asunto cualquiera. Y en cuanto a tauromaquia, nada ha dicho la Ciencia todavía. El toro y el torero son masas en movimiento, sometidas leyes que ha puesto bien en claro Einstein últimamente para gloria de la ciencia alemana, y, sin embargo, ningún aficionado a toros español tiene la menor idea seguramente de las velocidades relativas que intervienen en las que llaman ustedes «suertes» de la lidia.

La denominación de «suerte», que entrega al azar lo que depende exclusivamente de correr más o menos en



una o en otra dirección, precisa bien el estado caótico y nebuloso en que se encuentra la ciencia del toreo.

Sentí que me mareaba. Y como no sé más de las teorías de Einstein que últimamente han revuelto el mundo de las ciencias, sino su fundamento de que todo es relativo, así se lo manifesté al sabio.

—¿Pero no ha leído usted a Einstein?—me preguntó casi iracundo.

—No, señor, me considero sin preparación científica suficiente para ello. El principio de la relatividad lo conozco por mediación de Don Hermógenes.

Muy intrigado, el profesor enristró el lápiz de su cuaderno de apuntes.

—¿Qué obras ha escrito ese autor que supongo español y me sorprende no haber leído?

—Ninguna conocida. El principio de la relatividad lo expone detalladamente Don Hermógenes en una obra de Moratín titulada *La Comedia Nueva*, condensándolo en esta forma: «Nada hay que sea poco ni mucho *per se*, sino respectivamente».

—Está bastante bien precisado el concepto, se expresa con exactitud el profesor ese Don Hermógenes, cuyas teorías pienso estudiar detalladamente— manifestó Otto Kaestner llenando de apuntes su cuaderno—. ¿Con qué motivo expone semejante exacto postulado?

—Con objeto de consolar a su no-

via Doña Maríquita, hermana de un autor detestable, cuando la hermosa llora sin consuelo el fracaso de un libro de su hermano. Por cierto que encuentro más exacto todavía el postulado de Doña Mariquita al suplicarle Don Hermógenes que no desperdicie las perlas de sus ojos. «Si yo supiera llorar perlas, no tendría mi hermano necesidad de escribir disparates».

El profesor se me quedó mirando como sorprendido de mi falta de espíritu científico y el arquitecto se consideró en la obligación de intervenir, notificándole que yo era un completo ignorante.

Asentí con toda el alma a semejante afirmación confesando que el caballo de vapor era para mí animal des-

conocido totalmente. Mi humilde actitud debió agrandar a Otto Kaestner, pues trató de halagar mi patriotismo.

—Ustedes, los españoles, son los únicos que tienen disculpa para su ignorancia científica en materias taurinas, pues han sabido en cambio experimentalmente crear un arte; los franceses no han hecho otra cosa que superponer el oropel de su falsa y deleznable fantasía al indocto pero conmovedor sentimiento artístico de los toreros españoles amontonando palabras sobre palabras para describir la fiesta de los toros. En cuanto a los no franceses solamente citaré al autor de *¿Quo Vadis?*, que refiere una corrida de un modo disparatado. Baste de-

cir que describe la suerte de la puntilla en la siguiente forma:

«Un hombre misterioso vestido de negro se acerca a la fiera con un puñal». Y. he aquí la verdad según he podido comprobar personalmente.

El denominado puntillero, que es el encargado de ejecutar la suerte, viste de negro generalmente porque, no reflejando la luz este color como los otros, le es más fácil así vestido acercarse suficientemente sin ser notado a la fiera agonizante. Lo hace caminando de puntillas por lo común, porque teniendo el sonido la velocidad de 340'19 metros por segundo en el aire a 16 grados centígrados, se ha de adelantar necesariamente a su persona cualquier ruido que el operador pro-

duzca. Para verificar la operación de rematar a la fiera que al puntillero corresponde en la forma y detalles descritos en mi obra capital próxima a publicarse, es natural que se adopten las precauciones enumeradas, sin que por eso presente el torero aspecto misterioso ninguno, según afirma Sienkiewicz en su ignorancia. Ni los españoles ni los extranjeros han sabido fundamentar hasta ahora la ciencia de la tauromaquia. Y recabo para Alemania esta gloria que me está costando muchos trabajos y desvelos.

Cuando se despidió el profesor mi primo me dió detalles sobre su curiosa personalidad científica, diciéndome:

—Conozco por correspondencia hace tiempo al profesor Otto Kaestner por

motivos relacionados con la arquitectura. Hace mucho que estudia asuntos españoles sin conseguir distinguirse, a pesar de su excepcional talento, entre los muchos especialistas similares alemanes que han trillado los campos de la arqueología, literatura, historia y arte hispánicos. Se conoce que un buen día se le ocurrió al profesor en su gabinete de trabajo de Charlottenburgo estudiar concienzudamente la lidia de reses bravas considerada como ciencia. Calculo que influyó no poco en su decisión el resonante éxito de Einstein con motivo de su teoría de la relatividad generalizada.

No pude menos de interrumpirle para aclarar como a mi ignorancia científica nunca se le hubiera ocurrido sos-

pechar que las sublimes lucubraciones de Einstein pudieran tener la menor relación con los toros.

—Pues nada más cierto. El sabio alemán que se ha alzado discutidor ante el poderoso genio de un Newton, pretende echar por tierra todas las concepciones del tiempo, del espacio, de la masa de los cuerpos y de las leyes de la gravedad enunciadas por aquél, sentando al propio tiempo una nueva concepción del universo y naturalmente a todo lo existente alcanzan las consecuencias. Su punto de partida fué la observación de que una misma distancia medida desde fuera de la vía en un tren parado o en un tren a toda marcha no resulta igual exactamente. Esta aparente variabilidad de



una misma magnitud el medirla en relativo reposo (pues la tierra se mueve) o marchando a gran velocidad es un grosero ejemplo que pone al alcance de los profanos la transcendencia de la teoría. Si las mismas magnitudes cambian constantemente en su medida según la velocidad de su movimiento, escuso decirte el lío que se arma en todos los actuales cálculos de las ciencias. Ya no podemos afirmar la invariabilidad de un espacio fijo ni de una fuerza ni masa determinadas, cambiando también todas las concepciones deducidas de las ciencias que diariamente aplicamos a las leyes y las costumbres. Ya nadie puede denominarse justo, metódico ni ordenado.

—En eso estoy yo hace tiempo; un

sabio profesor mío que se había metido fraile al enviudar a los 60 años, me decía que si del teorema del cuadrado de la hipotenusa fuera posible deducir que es lícito acostarse con la mujer del prójimo, los solteros afirmarían que el teorema es cierto, negándolo los casados y asegurando los viudos que unas veces sí y otras no el cuadro de la hipotenusa es igual a la suma de cuadrados de los catetos.

—Exactamente. Calcúlate ahora el lío que se ha armado el buen Otto Kaestner al estudiar entre otras cosas la distancia entre las puntas de los cuernos de los toros con relación a la velocidad de estos en su carrera.

—Veo clara la consecuencia, y por fin parece que comprendo al Einstein

ese que siempre me ha inspirado un respeto supersticioso. El toro parado tiene mucha menos cornamenta que dirigiéndose hacia uno con velocidad vertiginosa. Eso lo sabe tan bien *Chicuelo* como Einstein.

—Pero fijate que tampoco resulta la misma cornamenta corriendo hacia un extraño que persiguiendo al observador. En este último caso se trata de la relatividad especial de que nos habla Einstein y en el anterior de la generalizada.

—No entiendo ni una palabra.

—Es algo desusado que solamente Otto Kaestner ha sido capaz de precisar en números aplicándolo a los toros. En fin, allá tu si no crees en la ciencia de mi amigo. Lo que sí te

aconsejo es que cultives su trato porque ha de serte beneficioso. Eres un rezagado, y por el camino que llevas de rebuscar bellezas literarias en la realidad antigua y moderna no irás a ninguna parte.

Le manifesté algo molesto que no consideraba mis modestos ensayos literarios como una carrera pedestre destinada a llegar a la meta marcada, replicándome:

—No hay que incomodarse, hombre, nadie mejor que yo sabe que has gozado tu más en escudriñar y exponer la historia de la querida de Lope de Vega, del bastardo del Conde Duque o del moderno duque de Gascuña que con todos los placeres que el éxito industrial de tus libros pudiera proporcionarte. Pero no estaría de más

añadir a las públicas aprobaciones escritas de un Alomar, un Oteyza o un Répide, que tanto te enorgullecen, la del gran público.

—Te diré, te diré— repliqué bastante picado—, puede ser que sean incompatibles y entre la opinión de los entendidos en la materia y la de las porteras, me quedo con la primera.

Mi primo cortó por lo sano la discusión que no era nueva entre nosotros, volviendo a recomendarme que cultivara el trato de Otto Kaestner. Y de aquella discusión y del consejo de mi primo ha nacido este libro.

Me hice muy amigo del buen Otto Kaestner, con el que conservo cariñosa correspondencia que me ha comprometido a traducir al español su obra so-

bre tauromaquia. No hace mucho he recibido carta suya diciéndome que la impresión de su libro se retrasa por que representa un trabajo enorme entre el texto, grabados, gráficos y tablas, pero que a instancias de sus admiradores había dado unas cuantas conferencias sobre el asunto cuyos borradores me ha enviado para que los traduzca, imprima y publique en España por su cuenta, pues desea preparar la opinión española para cuando se publique su colosal tratado, que espera tenga una venta formidable en la península.

—Tengo ya muchos pedidos de América—me dice—y de España solamente tres, uno de un señor Ortega, otro del político Sánchez Toca y un tercero del escritor Blasco Ibáñez, que se

gún me escribe trata de hacer con mi libro una película. ¿Hasta cuando van a seguir ustedes los españoles alejados del movimiento científico mundial moderno?

Y esta observación un poco molesta para mi patriotismo, juntamente con el compromiso pecuniario establecido con mi primo al que ha abonado en cuenta Otto Kaestner el detallado presupuesto de la impresión de sus conferencias, me han impulsado a emprender esta tarea superior evidentemente a mis fuerzas y escasos conocimientos científicos.

Después de traducidas las conferencias de Otto Kaestner lo mejor posible y de haber este corregido las cuartillas, me he permitido anteponer este prólogo en descargo de mi conciencia

de español e ignorante sin que mi buen amigo lo sepa y seguro de que su amistosa bondad le hará disculparme.







## PRÓLOGO DEL AUTOR



MIS aficiones hispánicas me llevaron hace tiempo a fijarme en la historia y documentación referentes a la lidia española de reses bravas. Con sorpresa observé que todo lo escrito sobre ella carece en absoluto de base científica, dándome cuenta por otra parte de la importancia del asunto.

Se han escrito multitud de volúmenes estudiando concienzudamente va-

riedad de deportes sin importancia histórica ni nacional ninguna, y la bibliografía sobre el juego del ajedrez sin ir más lejos es enorme. Al observar lo sorprende que nada serio se haya escrito sobre el toreo de reses bravas que, considerado como un arte por toda la nación española y muchas americanas, no es en principio más que una ciencia de aplicación del estudio de masas en movimiento que las modernas teorías de Einstein ha puesto en claro. Se comprende que las antiguas de Newton no fueran aplicadas a la fiesta de toros. Presuponen todas ellas que la velocidad no influye en la medición de una distancia determinada y tenían que conducir al absurdo de dejarse enganchar

siempre por el toro el que torea si se aplican al pie de la letra. En esta forma, claro está que no hay toreo científico posible, pero el indudable valor ciego de los antiguos toreadores Don Pedro Romero, Don Costillares, el señor de Montes y otros, desarrollaron empíricamente el actual arte del toreo, que en el fondo es una ciencia que actualmente tiene colosal aplicación en innumerables plazas de toros en España y la joven América.

Así como el moderno estudio de la arquitectura no puede considerarse completo sin el perfecto conocimiento de las leyes que rigen la resistencia de los materiales de construcción y el equilibrio de los cuerpos que en el Partenon aplicaron empíricamente los

griegos, el moderno estudio de la fiesta de toros española no será completo hasta que se manifiesten y aclaren las leyes en que se funda el arte de la tauromaquia.

He procurado llenar este hueco que aparece en la moderna ciencia alemana (por otra parte tan completa en el estudio de las demás modalidades españolas) hueco que considero de indudable trascendencia por referirse a una manifestación importante del vivir colectivo de la nación hispánica, ya en su decadencia pero que retoña en variedad de jóvenes naciones americanas de una potencialidad enorme. Quizás en el porvenir el creciente influjo sudamericano extienda la fiesta de toros a otras naciones. Hoy mismo lu-

cha Francia contra una semejante influencia.

Conviene, pues, estudiar concienzudamente el asunto, tanto por lo que representa de conocimiento científico como por lo que pueda importar a la futura expansión de las nacionalidades. Un discípulo nuestro, Erwin Muller, ardiente hispanófilo, ha dado recientemente unas conferencias en Varsovia sobre este mismo asunto y algunas ilustraciones públicas experimentales, saliendo lesionado por un becerro: Es indudablemente buena obra averiguar si conviene a Alemania fomentar o no semejantes aficiones.

Creo haber vulgarizado con mis conferencias un avance de las principales materias tratadas en mi obra «*La*

*lidia española de reses bravas según el moderno criterio científico»,* en dos tomos en octavo mayor, con 40 grabados, 19 tablas y un apéndice de datos recogidos después de comenzada la impresión, que aún continúa.

Mis conferencias han merecido alabanzas y aplausos del considerable público que me honró con su asistencia y algunos, interesados en consecuencia en tan árduas y novísimas cuestiones científicas me han animado a publicarlas.



OTTO KAESTNER



## CONFERENCIA I

Objeto de la ciencia.—Elementos que integran la fiesta de toros.—Clasificación científica del pueblo español atendiendo a sus modalidades psicológicas. Clasificación del público taurino deducida de la anterior.—Cómo se comportan en la fiesta de los toros las especies de espectadores enumeradas.—La literatura taurina.



COMO la ciencia del toreo tiene por objeto celebrar la fiesta de los toros con la mayor brillantez y seguridad, conviene estudiar cada uno de los tres elementos, público, toros y toreros que

la integran, pues claro está que el modo de ser de cada uno de ellos influye en la resultante. En España la afición a los toros, sentida con más o menos intensidad, es general apareciendo extendida por todas las regiones y entre todas las clases sociales.

Esto nos permite suponer que en el público de los toros están representadas en mayor o menor cantidad todas las modalidades psicológicas de los españoles.

Comenzaremos, pues, por estudiar estas para ver posteriormente cómo se comporta cada una de ellas en la fiesta de toros.

Psicológicamente nos puede suministrar Don Miguel de Cervantes el



punto de partida. Anteriormente a este escritor hispano todos los caracteres de los tipos humanos creados por la fantasía eran de una sola pieza. Buenos los buenos, malos los malos, valientes los valientes y cobardes los cobardes. Estaba la humanidad en relación a la literatura productora de personalidades en las mismas condiciones de la Química antes de Lavoisier y la mecánica antes de Einstein. El gran mérito de Cervantes, análogo al de Lavoisier al disociar los componentes del agua y el de Einstein al separar el concepto de medida de la realidad de las cosas consiste en haber disociado los componentes psicológicos de todo ser humano en el Quijote y el Sancho Panza que todos llevamos dentro. Y

en hacer posible la observación de como se comportan separadamente dichos componentes en la obra inmortal del colosal escritor hispánico reside el secreto de por qué el Quijote agrada a todas las colectividades constituidas por hombres. Un japonés lo mismo que un italiano siente dentro de sí impulsos altruistas similares a los de Don Quijote y egoismos semejantes a los de Sancho Panza. La menor o mayor cuantía de Quijote con relación a Sancho que integra una personalidad cualquiera psicológica caracteriza y clasifica psicológicamente al individuo. Lo que puede expresarse por la fórmula

$$x = f(QS)$$

o sea, que todo ser humano es función del Quijote Q y del Sancho Panza S que su personalidad constituyen.

Psicológicamente nos diferenciamos unos de otros en los tantos por ciento de Quijote y Sancho que llevamos dentro. Siendo pues la mayor o menor afición (a veces esta puede ser negativa sin que las fórmulas pierdan su generalidad por ello) a los Toros, general a todos los españoles y la fórmula cervantesca expuesta común a todos los humanos, atendiendo a ambas características generales podremos clasificar ideológicamente a los españoles según los siguientes grupos:

Los que les gusta el Quijote....	Clase + Q
Los que no les gusta.....	» — Q
Los aficionados a Toros.....	» + T
Los que no son aficionados a Toros.....	» — T

La ley algebraica de las permutaciones y combinaciones nos dice que siendo necesarias dos de las características de los grupos anteriores para constituir un español psicológicamente, el número de grupos distintos de dos elementos que pueden formarse es el siguiente:

1.º (+ Q — T). Aficionados al «Quijote» que no gustan de los Toros. Clase X.

2.º (+ Q + T). Aficionados al «Quijote» que gustan de los Toros. Clase P.

3.º (— Q — T). Gente que no gusta del «Quijote» ni de los Toros. Clase Y.

4.º (— Q + T). Gente que no gusta de «Quijote» y sí de los Toros. Clase V.

Estudiaremos el modo de comportarse de cada una de estas clases de españoles con relación a la fiesta de toros.

*Clase X.* Aficionados al Quijote que no gustan de los Toros.—El entusiasmo por la personalidad de Don Quijote implica altruismo e idealidad. Estas cualidades comunes a las clases X y P, muy extendidas en el pueblo hispano, constituyen fuente de simpatías hacia la nación española al hacerla distinguirse de las otras naciones metalizadas y codiciosas entusiastas en consecuencia de Sancho Panza.

La clase X puede subdividirse en dos

subclases, según que el individuo odie los Toros o le sean indiferentes considerándolos como otra diversión cualquiera, por ejemplo, una función de circo en la que también los artistas corren el peligro de matarse durante sus ejercicios. Puede expresarse la subdivisión con el siguiente esquema:

Clase X { Detractores del toreo. Subclase X'  
          { Indiferentes. . . . . Subclase X''

La subclase X' puede considerarse como anormal. Resulta su característica una exageración de la modalidad quijotesca no compatible con la vida. Cervantes para continuar su historia hizo volver maltrecho al caballero a la busca y captura de Sancho Panza. Por

esta razón resulta una ridiculez indignarse con la fiesta de Toros deleitándose en cambio en reventar caballos de carrera o deshacer las narices del contrincante en el boxeo. Por lo regular esta subclase no asiste a los Toros satisfaciéndose con dárselas de superhombres renegando de ellos.

La subclase X" es más razonable. Hay un refrán español muy gráfico que dice «Sobre gustos no hay nada escrito», y nunca mejor que en este caso puede aplicarse. Constituye esa parte de público que después de contemplar el magnífico escaparate de las galerías circulares donde las españolas ataviadas con el traje nacional se exhiben, se aburren soberanamente du-

rante la fiesta. Influyen muy poco en esta como consecuencia de su indiferencia por el espectáculo.

*Clase P.*—Aficionados al «Quijote» que gustan de los Toros.—Es clase importantísima por lo que influyen en las características de la fiesta, pues toman parte activa como inteligentes en la aprobación o censura de las distintas «suertes», que así se denominan en España las combinaciones de velocidades y trayectorias entre el toro y el torero, las cuales por lo regular se ejecutan ordenadamente y sometiéndolas a reglas fijas. Es gente seducida por el aspecto estético de la fiesta, que con la posibilidad de presenciar el espectáculo de la muerte adquiere un interés extraordinario. Resultan sin embargo risibles en



su perfecto desconocimiento de las leyes inmutables de la ciencia a que las denominadas «suertes» obedecen. Han inventado para encubrir su ignorancia un vocabulario disparatado en el que cada palabra y frase tiene un significado absurdo, y así se da el caso de que afirman muy serios que al sentirse desfallecer el toro buscando un apoyo «pide tablas», y que cuando no embiste al lidiador «no ha hecho por él». Se verían muy apurados los tales aficionados para precisar cuándo un toro ha podido hacer algo por el torero que no busca nunca otra cosa que su mortificación para al final darle la muerte. Se oyen en la plaza y fuera de la plaza a los tales aficionados cosas estupidas que le hacen a uno dudar del

conocimiento del castellano, y que yo, gracias al escritor español Fernando de Ormaza que me ilustró en España a este propósito, pude ir desentrañando. Me traía preocupado el oír repetidas veces a mis vecinos espectadores que tal o cual suerte había sido ejecutada «de poder a poder». El señor de Ormaza ha tratado de explicarme el concepto sin conseguirlo totalmente, pues me parece evidente que todas las suertes se verifican de poder a poder entre el toro y los lidiadores, ya que triunfa el que puede siempre y unas veces puede el torero que coloca en su sitio las banderillas o el estoque y otras el toro destripando la barriga de aquel de una cornada.

Espero con mi libro deshacer esas

nebulosidades de expresión que corresponden a la falta de criterio científico del asunto entre los buenos aficionados españoles de la clase P que estamos analizando.

*Clase Y.* — No vale la pena de tomarse en cuenta.

*Clase V.* — Que no gusta del «Quijote» y sí de los Toros.—Esta clase es temible por el daño que causa a la fiesta. Son por lo regular gente inculta con más de un 90 por 100 de Sancho Panza, los cuales, en realidad, saborean poco o nada la belleza del espectáculo y que acuden a los toros principalmente, y quizás sin darse cuenta, atraídos por el aliciente de que la fiera deshaga algún lidiador a cornadas. A esto denominan ellos «hule»,

y no he podido nunca entender qué relación puede haber entre la «tela barnizada para varios usos», que así define el hule el diccionario, y las tripas de un torero al aire.

Son entusiastas en consecuencia de lo que ellos denominan la «vergüenza torera». Cualquiera supondrá que semejante expresión alude al rubor o al deseo de ocultarse de los toreros, que por lo regular son bastante descarados, cuando lo se que especifica con ella es el arresto necesario para jugarse la vida con probabilidades de perderla cuando las circunstancias lo exigen durante la lidia. En el fondo, semejante entusiasmo tiene su raíz en que la «vergüenza torera» de un lidiador está en relación directa con el ma-

yor número de probabilidades de que la fiera lo haga pedazos, que es lo que oculta y solapadamente desea el aficionado de la clase que estudiamos.

Esta malevolencia es anormal, como lo era el quijotismo exagerado de la subclase X', y Cervantes, hombre normalmente bueno, no la tuvo en cuenta al disociar el ser humano. Sancho Panza no deseaba la desgracia de nadie por *sport*. Sin embargo, existe en todas las naciones, como lo prueba el aumento de público en un número arriesgado de circo que se verifica a gran altura cuando se suprime la red que ordinariamente se coloca en previsión de una caída. Y se encuentra mucho más extendida de lo que se

supone ocultándose en los recónditos repliegues hipócritas de los seres humanos aparentemente bondadosos.

En la fiesta de toros donde es tradicional la exposición a gritos de los deseos y opiniones se observa mejor que en ningún sitio lo anteriormente expuesto. En ella solamente se puede ver llegar a la fiesta con retraso y apresuradamente a un respetable burgués confitero o vendedor de gorras, honrado padre de familia, y antes de sentarse comenzar su actuación de espectador llamando ladrón y sinvergüenza al torero porque no se mete entre los cuernos de la fiera para que esta lo deshaga o insultando a la familia del presidente de la corrida porque un toro reacio no se acerca a los

picadores. Y después de vomitar atrocidades semejantes el buen confitero o gorrero durante toda la tarde, cena tranquila y patriarcalmente rodeado de su familia, muy lejano de acordarse que ha puesto verde a la del torero o presidente porque no le ha facilitado el hule, para mí misterioso, a que antes he hecho referencia. Y es que el mencionado aficionado es un completo animal en el fondo, pues solamente la cultura, y no siempre, puede templar semejantes impulsiones.

Así se da el caso que en los pueblos más atrasados de la atrasada España las becerradas y capeas adquieren carácter de notoria barbarie, y contra ellas luchan constantemente los gobernantes. Habiéndolas prohibido se

dió el caso de que los vecinos de un pueblecito al llegar el día acostumbrado otros años para la fiesta de Toros sacaron fuera del pueblo unos mozos, los encerraron un día antes provistos de una cornamenta artificial y celebraron la fiesta con ellos en sustitución de las fieras tan a lo vivo que produjeron varios muertos y heridos entre sus lidiadores. Naturalmente con la brutalidad de cualquier toro coincidía en semejantes mozos una más exacta apreciación de los objetos, velocidades y distancias.

Esta clase, aun ejerciendo un influjo malsano sobre el espectáculo al impulsar al torero a hacer barbaridades, es triste reconocer que a veces se hace necesaria actualmente pues sirve de



rémora (ya que el trabajo de los lidiadores no ha salido todavía del terreno artístico y no tiene otra verificación de su bondad que la opinión de los espectadores) para que los toreros, por huír del peligro, siempre posible, ejecuten las suertes desmadejada y torpemente.

Mi obra, como toda obra didáctico-científica, elevando el nivel cultural de los aficionados, espero haga innecesaria la malsana clase V de aficionados, eliminando de la fiesta (como se elimina a un contable que se equivoca en las multiplicaciones) a los que no cumplan las científicas reglas del toreo.

Queda por analizar, como influyente en el asunto, la más abundante que razonable literatura taurina. Pocos, muy pocos de los inteligentes aficionados

clase P escriben sobre toros, generalmente las revistas taurinas de los diarios es el portillo por donde penetran en las redacciones los indocumentados intelectualmente. Cuando el escritor neófito pertenece a la clase P señalada, pronto se emancipa del trabajo (que lo mismo puede ser ejecutado por un escritor que por un picapedrero) de contar todas las tardes de toros los pinchazos en hueso. Y, naturalmente, se estancan en el oficio los que no sirven para otra cosa.

Ello es consecuencia de encontrarse la ciencia de los toros en el nebuloso estado de artística ignorancia en que se encuentra. Cuando mi libro sea, como espero, conocido y estudiado por los buenos aficionados, se dignificará inte-

lectualmente el actual ingrato oficio de revistero de toros, convirtiéndose en una especie de profesorado científico. Y las dogmáticas sandeces al uso de las revistas taurinas se convertirán en luminosos postulados, teoremas y corolarios. Dejaremos de leer vaciedades como la siguiente: «¿Qué finalidad perseguía «Cantimplas» al castigar al toro?» Pues como «Cantimplas» es un buen hombre picador de toros, que no persigue otra finalidad en la corrida que ganarse la vida, ni tiene por qué castigar al toro de ninguna falta de respeto, no tratando de otra cosa cuando éste le ataca sino de cumplir con su misión defendiendo su vida y la de su caballo, los futuros revisteros científicos enunciarán la misma idea en esta o semejante forma:

«El picador P<sub>1</sub> (cada especie de lidiador será designado por la inicial de su clase con el subíndice correspondiente) a 3,50 metros desarrolló excesivos kilogrametros de fuerza al contrarrestar la trayectoria del toro segundo en la pica número 7.»

Hemos de observar un fenómeno curiosísimo. A poco que se estudie la literatura taurina, no puede menos de sorprender al observador lo que influye en ella la excesiva religiosidad de los españoles. Son en aquélla abundantísimas las referencias, comparaciones y juegos de palabras sacadas de los textos sagrados. Es vulgarísimo leer que tal o cual lidiador remató una suerte «como los propios ángeles», tergiversando los textos sagrados en los cuales nada se afirma

respecto a las habilidades taurómacas de la corte celestial ni mucho menos. Denomínase «verónica» a una suerte del toreo en recordación de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y las expresiones «como Dios», «como la Virgen», etc., son vulgarísimas. Al Nuncio de Su Santidad se hace danzar muy a menudo en el asunto y en resumen los españoles no conciben los toros sin asociarlos a asuntos religiosos. Debe ser consecuencia del influjo ancestral de las antiguas fiestas de toros que en fechas memorables se simultaneaban con los autos de fe, espectáculos esencialmente religiosos. Felipe II, que en uno de ellos se manifestó capaz de quemar a su propio hijo en la hoguera inquisitorial desde donde le pedían mise-

ricordia unos caballeros italianos, manda todavía en el espíritu del español revistero que escribe actualmente: «Y tirándose como Dios y colocando el estoque como la Virgen, fué enganchado por la ingle en el encuentro».

Algunos intelectuales han tratado de elevar el tono de la literatura taurina; faltos de conocimientos científicos del asunto no han conseguido otra cosa que hacer resaltar con las amaneradas exageraciones de su vulgar afición, la vacuidad del contenido ideológico de sus ídolos. Un torero será siempre un buen hombre que se juega la vida a cambio de pesetas, con más o menos habilidad en su oficio. Y éste será más o menos arriesgado, como lo es el de los aviadores, sin que nadie los compa-

re con Dios ni los ángeles. En realidad, es bien triste observar eminentes literatos españoles empeñados en demostrar-nos que un buen muchacho, feo como Picio y que no sabe multiplicar por nueve, puede resultar alguna vez al encogerse más o menos para no recibir una cornada una especie de Aristóteles y Apolo en una pieza.

El buen sentido del pueblo bajo español, de donde generalmente proceden los lidiadores, se da perfecta cuenta de semejantes ridiculeces literarias y en su fuero interno búrlanse los toreros del autor cuya obra dejan sin cortar las hojas en su mesilla de noche para los efectos de hacer creer que la han leído, dándoselas de ilustrados con vistas al reclamo. Lo que a ellos en realidad les

preocupa son los diez o veinte centímetros más de lo razonable de anchura de cuerna en los toros que han de lidiar al día siguiente.

Claro es que el reclamo, y a veces la resultante utilitaria, es relación mutua entre el lidiador de moda y sus admiradores, pero este es asunto que se aparta del objeto de esta conferencia.



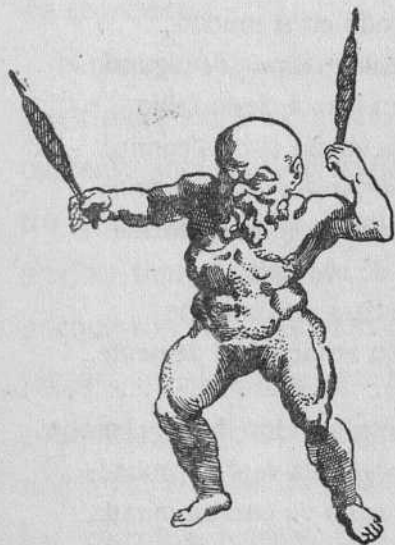




## CONFERENCIA II

Relatividad de la actual tauromaquia.—El lidiador animal simétrico.—Influencia de sus características físicas en la ejecución de las suertes.—El toro, animal semejante al torero, geoméricamente.—Los

cálculos relativistas de Einstein aplicados al toreo.—Velocidades medias y modo de calcularlas.—La suerte del volapié estudiada científicamente.—El goniómetro taurino.



EL toreo actual, fundado en las teorías newtonianas, es posible, tal como

se verifica, porque las velocidades de movimiento de toros y toreros son moderadas. El poeta español Bartrina, hace más de treinta años, enunció antes que nadie la original hipótesis de que «todo crece en el mundo cuarenta metros por segundo», en la siguiente forma:

«Todo, todo en el mundo,  
crece cuarenta metros por segundo.»  
Así decía un loco a cierto sabio  
que visitaba un día el manicomio,  
y al oírle inferir tan rudo agravio  
al sentido común, con vehemente  
celo, lleno de encomio  
quiso pulverizar rápidamente  
la afirmación absurda del demente.

.....

Inútilmente, en vano, buscó el modo  
cortóle el paso esta verdad probada:  
Al crecer cuanto ve nuestra mirada,  
creciendo nuestros ojos como todo,  
no crecería a nuestros ojos nada.

Esta misma hipótesis fué posteriormente estudiada detenida y científicamente por el eminente Poincaré, y el propio Einstein, con notoria injusticia al no aludir al poeta español y referirse solamente al matemático francés, la comenta favorablemente como aclaración de sus teorías.

Si tal como se le ocurrió suponer a Bartrina, y no a Poincaré, todo creciera cuarenta metros por segundo en nuestro planeta, ningún mortal notaría en mucho tiempo cambio alguno. Y ello, porque son tan pequeñas nuestras magnitudes usuales, que no hay medio de compararlas directamente con las astronómicas. Y tanto las mediciones como los cálculos hechos con las medidas terrestres resultarían falsos con rela-

ción a los verificados desde Marte, por ejemplo.

Con semejante hipótesis, al crecer suficientemente los toros y los toreros, y juntamente sus velocidades de traslación, se llegaría a correr miles de kilómetros por segundo, y, en tal caso, el famoso experimento de Michelson, origen de todas las teorías relativistas, produciría resultados sorprendentes y no sospechados actualmente al reproducirlo tauromáquicamente.

Suponiendo en la figura adjunta T la puerta del toril por donde el toro sale, y N un punto de la barrera desde donde el torero ha de salir corriendo para echar un capote al toro (fig. 1) y siendo  $RR'$  la dirección del movimiento de la Tierra, encargado Newton de la suer-

te supondría lógicamente, que, combi-  
nándose directamente la velocidad del

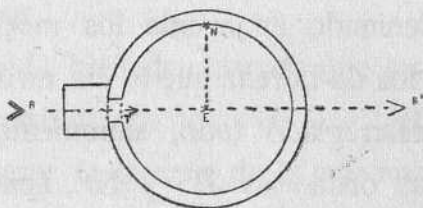


Fig. 4.

toro TE con la de la Tierra, y no con la del torero (al correr éste en la dirección NE cruzante) en igualdad de tiempo el toro tiene necesariamente que recorrer en el ruedo menor distancia que el torero pues la puerta del toril correrá, por decirlo así, detrás de la fiera, en virtud del movimiento de la Tierra, no ocurriendo lo mismo con el punto N de la barrera, que se conservará a igual

distancia del centro E. Y, en consecuencia, el genial matemático calcularía mal el tiempo necesario para el encuentro, no teniendo en cuenta los modernos cálculos de Lorenz que lo ha arreglado o desarreglado todo, suponiendo que ambas distancias TE y NE, aparentemente iguales se diferencian nada menos que en  $\sqrt{1 - \frac{g^2}{v^2}}$  precisamente, porque los cuerpos todos se contraen en la dirección de su movimiento. Son tan verdad las geniales concepciones de Lorenz que, aún maniobrando dentro de las pequeñísimas velocidades con que los mortales maniobramos, sus cálculos se comprueban plenamente en el toreo. Cualquier novillero conoce perfectamente la contracción o el alar-

gamiento que, según las circunstancias, sufre su cuerpo al verse perseguido por el toro con velocidad excesiva para sus cálculos.

Queda bien demostrado que las teorías newtonianas no sirven al objeto de establecer la ciencia de la tauromaquia y por esta razón he desarrollado todos mis cálculos conforme a la teoría de la relatividad generalizada en mi obra fundamental sobre el asunto titulada: «La lidia española de reses bravas, según el moderno criterio científico» en dos tomos, en octavo mayor con 400 grabados, 19 tablas y un apéndice.

Todo el actual torero se fundamenta en el siguiente postulado: «La lidia actual de reses bravas se hace posible porque el torero es un animal simétrico

con relación al plano que pasa por la punta de su nariz, su rabadilla y su ombligo». Tres puntos determinan un plano, y en nuestro caso, queda el de simetría perfectamente precisado por la nariz, el ombligo, y, sobre todo, la rabadilla. Es esto decir, que si abrimos la cabeza a un torero cualquiera con un colosal machete de un solo tajo que pase por su nariz, su rabadilla y su ombligo, los dos pedazos resultantes de un brazo y un pie cada uno resultarán exactamente iguales. Y como lo mismo ocurre si análogamente partimos un toro en dos mitades semejantes entre sí por un corte intermedio entre sus cuernos y pasando por la cola, también resulta la fiera otro animal simétrico. De donde se hace posible colocarse toro y



torero en una misma recta de simetría que pase por la cola y a igual distancia de los cuernos de aquél y venga a morir en el ombligo de éste. Una semejante colocación permite calcular fácilmente, como en cada caso particular estudiaremos, las velocidades y trayectorias convenientes para verificar con exactitud y limpieza las distintas suertes. Es evidente que un torero que tuviera tres veces más cadera a la derecha que a la izquierda se vería muy apurado en su oficio y que se haría difícil lidiar un toro propietario de un cuerno derecho tres veces mayor que el izquierdo.

El artístico empirismo de los españoles en asuntos taurinos, ha enseñado a toreros y aficionados la exactitud de este postulado. Todo el mundo en la

plaza se preocupa de que el toro esté «bien cuadrado». Tardé mucho en averiguar lo que debe entenderse por »toro cuadrado» hasta que me explicó el señor de Ormaza que se trataba del cumplimiento de la mencionada ley de simetría, consecuencia del postulado y que todo buen conocedor sabe es condición esencial para la buena ejecución de las suertes.

Teniendo en cuenta lo expuesto, todos los problemas del toreo quedan reducidos a calcular rápidamente la velocidad y trayectoria del torero en función de las del toro, de manera que ambos se crucen sin encontrarse a una pequeña distancia de un metro a veinte centímetros, según los casos, de modo que pueda verificarse sin peligro la

operación a que la suerte esté destinada, colocación de banderillas, introducción del estoque, etc. Cosa facilísima.

Sorprenderá que llame cosa fácil a operaciones en las que han encontrado la muerte tantos lidiadores, pero en este punto hemos llegado a la demostración de la beneficiosa utilidad de mi libro. Ocurren las cogidas sencillamente porque en el arte del toreo no se conocen más que aproximadamente las trayectorias y velocidades necesarias. Por coincidir en el cruce de trayectorias el toro y el torero ocurren los encontronazos y las cogidas. ¡Cuántas vidas jóvenes segadas en flor por la falta de espíritu científico de los españoles!

Es indudable que si los toreros supieran a punto fijo en todos los mo-

mentos la velocidad y la trayectoria que el toro ha de desarrollar al moverse se acostumbrarían de científica manera a no dejarse coger estúpidamente. Todo consistiría (como empíricamente lo verifica el célebre lidiador denominado, no sé por qué, «gallo») en echar a correr, cambiando su trayectoria, cuando el cálculo de velocidades resultara para él desventajoso.

Esta y no otra es la manera de torear del ave de corral mencionada. Indudablemente el original lidiador a que nos referimos es un fenómeno productor de cálculos instantáneos semejantes a los que se exhiben ante el público obligándose a extraer raíces cuadradas de memoria. Instantáneamente y con sorpresa de todos calcula las distancias

y velocidades y se pone a cubierto. Quizá en ello influya el proceder, según se afirma el tal torero de raza gitana, la cual, de antiguo, ha sido versada en la adivinación y la cábala. No puedo afirmarlo categóricamente por ser los gitanos en España iguales a todos los demás españoles, salvo que más sucios, lo cual no es fácil precisarlo en un torero, dado que el traje que para torear se usa no permite reconocerlo a simple vista.

Con objeto de dar cabal idea del traje en cuestión lo exhibiré en mi propia persona, si la ilustrada concurrencia que me escucha tiene la bondad de esperar un momento. (1)

---

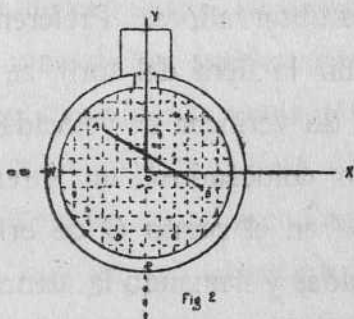
(1) Al llegar este punto, el conferenciante se retira unos momentos para aparecer vestido de torero, con-

Claro está, que siendo variables con cada torero y toro los datos de velocidades, peso, altura, anchura entre las puntas de los cuernos, etc., es indispensable poseer estos datos exactos en cada caso, y ello se consigue merced a las tablas del 1 al 12 de mi tratado, corrigiéndolas en el momento de verificar la suerte por medio de la observación directa. Para ello debe aplicarse el cálculo de coordenadas. La autoridad correspondiente debe cuidar de que no comience ninguna corrida sin que antes quede cuadrado el ruedo con arenas de colores en la forma de la figura ad-

---

tinuando su discurso, para que el auditorio pudiera contemplar a su sabor el traje durante lo restante de la conferencia.

junta (fig. 2), constituyendo un conjunto euclidiano de dos dimensiones y lo mismo cuidará de que dos observadores N y P, provistos de los aparatos necesarios y situados uno enfrente del



toril T y otro en el eje de las X, puedan determinar inmediatamente las coordenadas que corresponden, tanto al punto de donde el toro arranque, como donde remate su acometida. Y con

estos datos, X e Y de ambas coordenadas, la conocida fórmula pitagórica  $AB = \sqrt{x^2 + Y^2}$  nos dará inmediatamente la distancia recorrida por el móvil en el tiempo señalado por dos relojes de precisión que tendrán cuidado de consultar los observadores. Preferentemente, al salir la fiera del toril, se tendrá cuidado de verificar su velocidad, cosa facilísima colocándose un torero con una capa en el punto O de origen de coordenadas y llamando la atención del toro para que a él se dirija.

Todas estas observaciones deberán ser dirigidas por técnicos perfectamente conocedores de mis teorías, y los cuales al constituir una especialidad científica, me han impulsado a dirigir una comunicación al Gobierno pidiéndole



la creación de un cuerpo especial de ingenieros taurinos, cuya creación espero sea en el porvenir título de gloria de la Escuela técnica de Charlottenburgo.

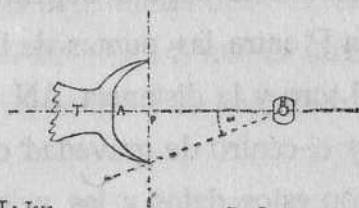
Sólo me queda para rematar la misión vulgarizadora de estas conferencias exponer algún ejemplo. He elegido para el caso una de las suertes más difícil del toreo, denominada «volapié», y reservada a los jefes de la lidia.

Consiste ésta, según la confusa teoría artística hoy en uso en las corridas españolas, en lo siguiente: Colocado el torero frente al toro cuadrado, y provisto el lidiador de un trapo rojo denominado muleta sostenido por un palo con la mano izquierda y de una espada recta llamada estoque, cuyo puño eleva a la altura de los ojos haciendo que su

punta se dirija a lo alto del morrillo del toro (denominase morrillo a la parte superior del cuello del toro, parte carnososa muy dura y resistente) en un instante a propósito, determinado por estar la fiera preocupada por el trapo rojo que su atención llama, el torero debe dirigir su trayectoria en línea recta y en sentido contrario a la del toro, cruzándose con el cuerno derecho de éste e introduciendo al propio tiempo el estoque en lo alto del morrillo con una inclinación de 45°.

Ya hemos hecho observar que la cuadratura del toro y el torero no significa otra cosa sino que coinciden los planos de simetría de ambos, como indica la figura adjunta (fig. 3) en la cual se reproducen esquemáticamente y a vis-

ta de pájaro ambos ejecutantes de la suerte.



T = Toro  
N = Lidiador  
P = Anchura de cuerna

Fig. 3.

T Toro.

N Torero.

P Anchura de cuerna.

Pudiendo suponerse la trayectoria del toro en su embestida dirigida en línea recta como lo marca la figura, y siendo obligatoria la misma condición en la trayectoria del torero ésta queda determinada por el ángulo  $\alpha$  que debe tener el número de grados necesarios y ni

uno más para que el cuerno derecho del toro roce al torero en su traje sin lesionarlo. Este ángulo depende de la anchura  $P$  entre las puntas de los cuernos del toro y la distancia  $AN$  entre el testuz y el centro de gravedad del torero. Y con estos datos y las velocidades capaces de desarrollar ambos ejecutantes de la suerte, la tabla número 9 da inmediatamente el valor del ángulo  $\alpha$  para una determinada distancia  $AN$ . Esta distancia puede ser variable y los actuales aficionados a toros lo expresan diciendo que tal o cual torero se tiró más o menos «en corto» añadiendo «por derecho» cuando el ángulo  $\alpha$  fué lo más reducido posible. Este ángulo mide, pues, la mayor o menor perfección con que la suerte se ejecuta, pues

es mayor o menor cuanto que el torero se tira más o menos corto. Tiene como funciones algebraicas dos límites: el valor  $\alpha = 90^\circ$  (fig. 4) que es un máximo que corresponde a la cogida, y un mí-

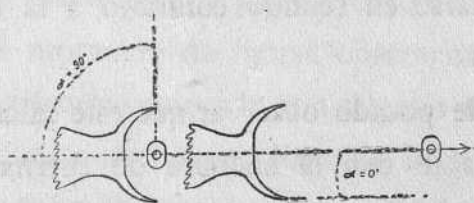


Fig. 4.

nimo de  $\alpha = 0^\circ$  (fig. 5) que se determina al alejarse el torero en su huida al infinito.

Este valor  $\alpha$  comprendido entre  $90^\circ$  y cero grados es el que el torero debe determinar sobre el terreno al cuadrarse

ante el toro colocándose más o menos cerca de la fiera. Para ello debe saber de memoria mi tabla número 9, que le dirá dada la anchura de cuerna la distancia en metros a que debe *tirarse*, que así se denomina la operación de lanzarse en sentido contrario a la del toro.

He podido observar que este cálculo variable con la anchura de cuerna y las condiciones de la fiera estriba la dificultad de la suerte, y para evitar confiarlo a la memoria he inventado un goniómetro taurino.

Consiste esencialmente en dos mirillas colocadas sobre un pequeño círculo graduado que se fija sobre el puño del estoque; al elevar éste a la altura de los ojos se observa por una de ellas el cen-

tro de la frente del toro, y por la otra, convenientemente graduada con anticipación se debe ver la punta del cuerno izquierdo. Preparando y graduando el goniómetro sobre el estoque antes del brindis con que el torero inicia la suerte de matar resulta fácil la cuadratura en el momento de tirarse observando el goniómetro colocado con el puño de la espada a la altura de los ojos. El matador debe alejarse o acercarse al toro antes de iniciar la suerte hasta conseguir que las mirillas del aparato coincidan con el centro de la frente del toro y la punta del cuerno derecho respectivamente.

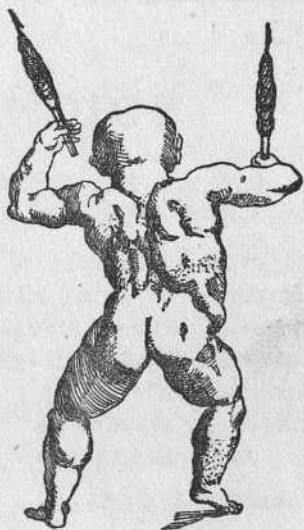
Observaremos que con el toreo científico desaparecerán las nebulosidades y controversias actualmente subsistentes

entre los aficionados y ya nadie podrá discutir si tal o cual torero se tira más en corto que otro. Probablemente se anunciarán en los carteles en la siguiente forma: «El Cordobesito de Algeciras se tirará a matar con ángulo de  $36^\circ$ ». De esta manera se podrán también graduar científicamente las cantidades que deba cobrar cada matador en función del ángulo  $\alpha$  que utilice en su trabajo.

El primer goniómetro taurino fabricado con mis planos ha sido ensayado en Varsovia por mi discípulo Erving Muller. Fué con él aparatosamente corneado por el becerro y pudo comprobar en la enfermería que se había equivocado en el cálculo previo del valor de  $\alpha$  en dos grados veinte segundos.



Creo haber vulgarizado en lo posible en estas conferencias la ciencia taurómaca, objeto de mi libro en dos tomos en octavo mayor 400 páginas, 19 tablas y un apéndice, titulado: «La lidia española de reses bravas, según el moderno criterio científico».







## APÉNDICE

### COMPROBACIÓN DE LAS TEORIAS CIENTIFICAS DE LA TAUROMAQUIA

Posteriormente a la celebración de las anteriores conferencias he tenido la satisfacción de poder contrastar algunas comprobaciones de mis teorías procedentes de diversos orígenes y que me creo en el deber de exponer al público en forma de notas.

OTTO KAESTNER.



NOTA 1.<sup>a</sup>

#### EL RELICARIO

EN mi último viaje a París pude asistir a una audición de canciones españolas que como todo lo procedente

de la península ibérica me interesó grandemente.

Me encontré sorprendido ante una colección de couplets en castellano declamados y cantados con arte insuperable por la actual divorciada esposa del notable escritor español señor Gómez Mejilla.

Indudablemente dicho autor, al que ya conocía por sus espirituales libros y crónicas cosmopolitas, ha debido influir grandemente en el tinte afrancesado de casi todas las canciones artística y deliciosamente dichas, más que cantadas, por su ex-esposa la actual señora Raquel Meller.

Pero he aquí que entre todas ellas quedé gratamente sorprendido al encontrarme con una trágica historieta

taurina titulada *El Relicario*. Su asunto es el siguiente:

Una joven española se encuentra en el paseo de coches de Madrid, con el torero de más «tronío». Esto de «tronío», es vocablo que no he podido encontrar en ningún diccionario español pero por onomatopeya indica seguramente el estruendo del éxito. El torero al verla baja de su «calesa» (especie de carretilla) y con manifiesta exposición de su vida, entre los coches y automóviles que rápidos circulan, extiende su capa ante la joven, suplicándola que pise fuertemente sobre ella para recortar cuidadosamente las huellas de su calzado y con el trozo de tela resultante hacerse un relicario o sea una especie de bolsita donde los españo-

les guardan las reliquias de santos.

Esta es en esencia la primera estrofa de la canción precursora de la tragedia. No hay nada que observar sobre ella aparte de lo ya señalado respecto a la supersticiosa religiosidad de los españoles, que lo mismo convierten en relicarios un pedazo de capa que unos calzoncillos.

Pero he aquí que ya en relaciones amorosas el torero y la joven, asiste ésta a una corrida en la que su amante está encargado de matar un toro. Esta suerte (descrita en mi segunda conferencia científicamente) produce la cogida del torero que cae gravemente herido de una cornada y en lugar de preocuparse de la rápida curación de su herida saca del pecho el relicario con-

feccionado con el trozo de su capa, contemplándolo amorosamente y canturreando entre dientes el final de la primera estrofa.

La conmovedora belleza de la canción reside en la estética del dolor, maravillosamente expresado con el gesto y el acento por la señora Raquel Meller.

Sorprendido por el asunto, hice que el ilustrado aeronauta español Don José Sabater que me acompañaba, me presentara a la artista y pude recabar de ella algunas explicaciones. Desconocía absolutamente los nombres del torero y la joven a que la trágica historia se refería; pero, como yo sospechaba, me comprobó que el torero se distrajo en el momento de iniciar la suerte por atender a su amada. Y he aquí una sor-

prendente confirmación de mis teorías. Todas las newtonianas en que el actual toreo artístico se fundan, suponen la preterición de los distintos campos gravitatorios que pueden actuar sobre un móvil cualquiera. Y como en España el amor resulta un campo gravitatorio de enorme influencia (pues adquiere tal intensidad en los enamorados pechos españoles, que el Director de Seguridad, ha tenido que prohibir la simultaneidad en los cinematógrafos de personas de sexos distinto) al intervenir el campo gravitatorio del amor en el cálculo instantáneo del ángulo con que hemos visto debe el torero tirarse a matar, es





fácil equivocarse en la apreciación del valor necesario produciéndose el encontronazo y lacornada.

#### NOTA 2.<sup>a</sup>



No hace mucho un toreador español se negó a matar, apelando a la autoridad competente, con motivo de que el toro era tuerto. Aquella ordenó que varios técnicos especialistas reconocieran la fiera para comprobar si ello era cierto. ¡Por fin se orienta el arte del toreo español hacia el terreno científico! Poco importaría que el toro fuera tuerto o guiñara un ojo, no siendo una verdad

indudable el postulado de que la ciencia del toreo requiere que el animal sea simétrico con relación al plano vertical que pase por el centro de los cuernos y la cola. Un toro tuerto no cumple dicha ley de simetría y su toreo científico se hace imposible.



### NOTA 3.<sup>a</sup>

En el periódico *El Tiempo*, de la prensa de Bogotá (Colombia), me encuentro lo siguiente:

«Rafael *el Gallo*, el



torero de la alegría y la vistosidad, es el artista de los primeros momentos de la corrida llenos de embriagueces de luz y de entusiasmos. El arte barroco, agitanado y pinturero del extraordinario descendiente de los Faraones, sólo adquiere su gloriosa plenitud cuando todavía la mitad del circo hierve bajo los ardores del sol de media tarde.»

¿Se quiere mayor comprobación de la influencia de la rotación de los astros que los cálculos de Einstein tiene en cuenta en la ciencia del toreo? Se da el caso curioso de que el trabajo taurino del torero egipcio (pues los gitanos españoles se suponen emigrados de Egipto por negarse



a trabajar en las pirámides) resulta algo semejante a un reloj de sol o cosa semejante.

NOTA 4.<sup>a</sup>



No hace mucho recibí de mi amigo Ormaza una fotografía tomada del mausoleo destinado en España a perpetuar la memoria de un célebre torero muerto en la plaza. No conseguí por carta en terarme bien de su sentido y significado, pues su relación con los

toros no se veía por ninguna parte. Lo mismo podía representar, según trataba de explicarme el Sr. Ormaza, el entierro del célebre torero, que el del sevillano Don Juan Tenorio.

Llegó a interesarme y conmoverme extraordinariamente la sin par belleza artística del conjunto. Es obra del eminentísimo escultor español Sr. Benlliure, autor de geniales concepciones, no bastante admiradas por los extranjeros ni siquiera por los nacionales, entre los cuales, la difícil facilidad de ejecución de la escultura española, no es bastante apreciada. Para penetrarme bien del asunto, decidí hacer un viaje rápido a Madrid, para contemplar de cerca el monumento.

No me pesa de ello. A solas en mi

gabinete de trabajo de Charlottenburgo, después de haber estudiado de incógnito en Madrid, para no dejarme infuir por la opinión ajena, la maravillosa obra de arte y contemplado la fotografía que reproduzco, he llegado a una conclusión definitiva.

Actualmente se encuentra España en el punto singular máximo de la curva evolutiva del arte del toreo, síntesis del carácter español, valiente, inculto, apasionado, sanguinario e impulsivo, intuitivamente estético, supersticioso en religión, resignado con su suerte por inconsciente atavismo arábigo y sobre todo individualista, a tal extremo, que prefiere vivir mal independientemente a bien con método y organización colectiva. No existe una sola suerte del toreo

que no sea ejecutada individualmente. Solamente alguna rara vez se asocian dos matadores para torear a «la limón», denominación extravagante de una bonitísima suerte de capa, consistente en llamar la atención del toro con un trozo de tela de color, cogida en dos de sus puntas por dos lidiadores que la elevan como un telón cuando el toro embiste, para que la fiera, burlada, pase debajo. ¿Qué diablos tendrán que ver los limones con lo descrito, y por qué se hará femenino el limón, que el diccionario español define como fruta del limonero?

Muchos aficionados se quejan ya de que se inicia la decadencia de la tauromaquia, y es que se van dando cuenta confusa de que el arte taurino, re-

flejo del alma de las multitudes en España, evoluciona en curva descendente.

Comienza a imponerse la Ciencia, sustituyendo la exactitud y las cuentas corrientes de los toreros en los Bancos, a la belleza artística y la inconsciencia del toreo antiguo.

Por esta razón, el genial escultor español no reprodujo ninguna de las suertes del toreo con las que el lidiador muerto electrizaba a las muchedumbres españolas. Reprodujo un entierro.

El definitivo toreo artístico español ha muerto para, como espero, transformarse en el toreo científico moderno.

Y siendo el arte de los toros síntesis del carácter e idiosincrasia del pueblo



español, por un simple cambio de coordenadas resulta que el escultor grabó en la piedra del mausoleo, con los inmortales signos del arte, el final de la secular evolución de una raza, enterrando con su obra maestra, que será asombro de los venideros, la antigua y desprestigiada España de las panderetas. Por lo menos, así lo creo y así lo espero, influido, quizás, por el cariño que siento hacia la noble nación española.

Es muy posible que el escultor no se diera cuenta exacta de la transcendencia de su obra, como tantas veces ha ocurrido a los grandes artistas que, con los luminosos destellos de sus obras maestras, nos hacen tolerable el pasado, dulcificando las tenebrosidades de los vulgares ambiciosos y bárbaros guerreros

que llenan la historia con sus pretendidas hazañas. Quizás muchos adoren todavía a nuestro Kaiser, pero son más los que lo maldicen. Todos los que en el mundo entero saben leer y conocen la música se descubren respetuosos y admirativos ante Goethe y Bet-towen.

Así los futuros españoles odiarán unos y admirarán otros al tenebroso Felipe II; todos coincidirán en admirar el arte de Benlliure, al sentirse emancipados del yugo taurino, que pudo convertir en una especie de fetichismo nacional una vulgar diversión más o menos bárbara y más o menos estética, como cualquier función de circo.

El toreo científico, colocando las cosas en su punto, se impone; murió

ya el toreo artístico de carácter semi divino, como todo lo que de ese quid sobrenatural, que se denomina arte, procede.

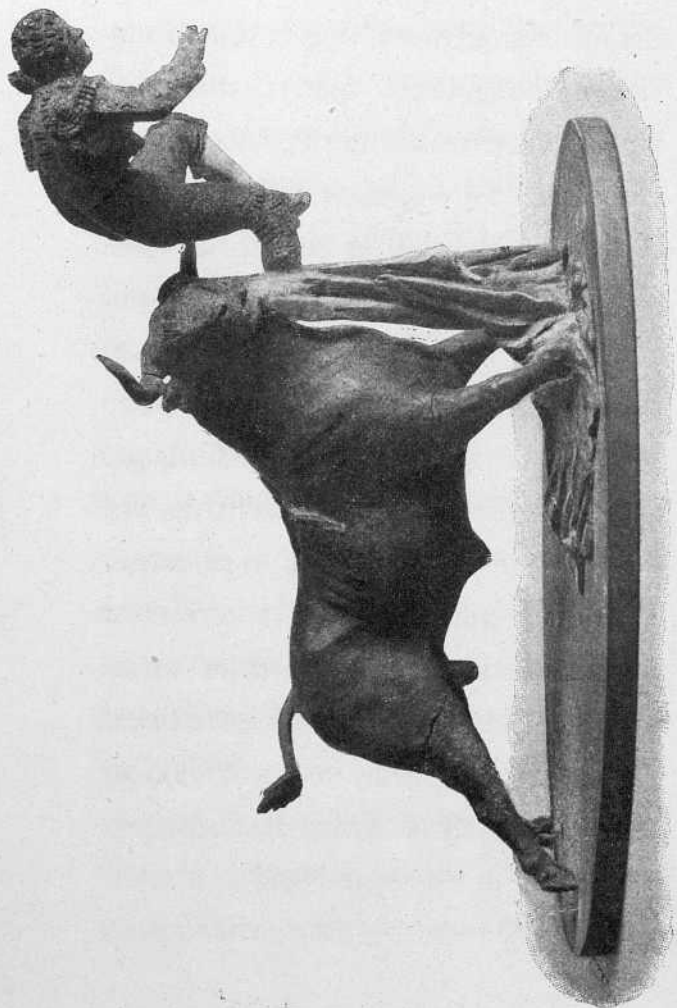
El pueblo español, en lucha con las kábilas del Rif, comienza, quizás por comparación, a avergonzarse de ser cabileño, y sus grandes artistas no se atreven a glorificar al torero en la plaza.

Existe una preciosa novela de asunto taurino, encantadoramente escrita por el Sr. Alejandro Pérez, antiguo revistero de toros emancipado, en la que el protagonista resulta un completo majadero en la plaza e interesantísimo y conmovedor fuera de ella, en sus tiernos amores de hombre bueno.

Los escritores y artistas españoles no

hacen más que reflejar el sentir colectivo español que evoluciona. La prueba es que en el mejor restaurant madrileño denominado de Lhardy, en la Carrera de San Jerónimo, se exhibía a los extranjeros que lo demandaban un notabilísimo trabajo escultórico del mismo Sr. Benlliure, autor del actual entierro que nos ocupa, y representando una cogida del antiguo toreador Frascuelo. Fué ejecutada la tal escultura, que es de pequeñas proporciones, hace más de 30 años, y el mismo artista que actualmente no se ha atrevido a presentar a su héroe en la plaza, colocó a Frascuelo en la punta del cuerno del toro que, enganchándole por la parte posterior, le hace contraer el rostro, con un gesto de trastorno gástrico que amedrenta.





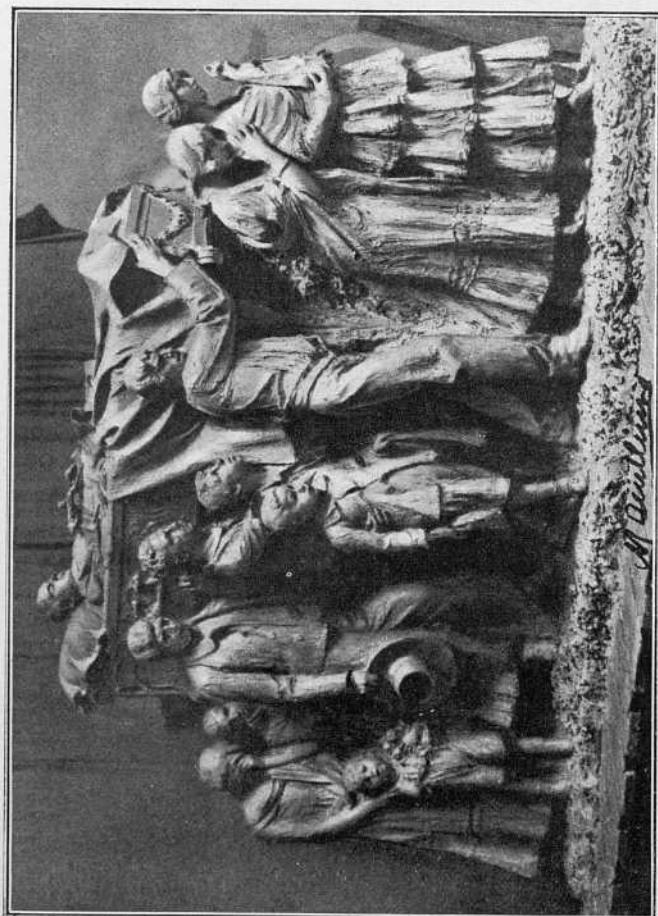
Me he enterado después de celebradas mis conferencias, que el mencionado grupo escultórico, que yo admiré en Madrid en el restaurant mencionado, es propiedad del popular madrileño aristócrata y aficionado a toros Sr. D. Gerardo Bermúdez de Castro, el cual, por mediación del Sr. Ormazá, se ha prestado amablemente a la obtención de la adjunta fotografía. Dicho distinguido aficionado, último representante del histórico señorío de Láncara, rige actualmente sus estados con indumentaria taurina, usando para resguardar su cabeza del sol y de la lluvia un extraño sombrero, consistente en un círculo de fieltro de 30 centímetros de ancho, sobre el que se superpone un cono truncado de 20 centímetros de diámetro y

10,50 de altura. En mi obra capital expongo el origen y procedencia de dicha forma de sombrero, usado por los lidiadores españoles en traje de calle, y que no es otra cosa que una simplificación rectilínea de las superficies de revolución curvilíneas constitutivas de la bacía de barbero.

Volviendo a la notable obra escultórica del Benlliure de hace 30 años, la naturalidad de las pequeñas figuras que componen el grupo es admirable; pero existe una tal diferencia de ideología entre el entierro actual del torero muerto en la plaza y la cogida de Frascuelo, como entre el Partenon y una tienda de campaña. Las adjuntas fotografías permiten la fácil comprobación de lo dicho.







*A. D. Williams*

No puedo resistir a la tentación de dedicar a mis lectores no españoles una aclaración de las características de los distintos tipos que integran el grupo que, en representación del pueblo español, llevan en hombros el cadáver de la vieja España de pan y toros.

Hombres, mujeres y niños acompañan el lujoso ataúd, sobre el que la majestad de la muerte extiende sus alas invisibles.

Avanza una joven portadora de una estatuita de la Virgen. El doloroso e impecable perfil de su rostro mira, sin derramar lágrimas, al suelo, y sus manos oprimen contra sus pechos virginales la imagen religiosa. ¡Oh, las vírgenes españolas, vasos sagrados de amoroso misticismo modelados por Be-

rruguetel Solamente en el inquisitorial suelo de España y bajo el sol que no se cansaba de iluminar sus dominios, pudieron florecer, depurándose en expresión amorosa, las vírgenes españolas. Teniendo a Dios sobre todas las cosas, adoran a un hombre por encima de todo y tejen su pasión y su tormento al compartir entre el cielo y la tierra unión y sacrificio.

Observad que no llora ¡ha llorado tanto! Desde que se abren al misticismo o a la voluptuosidad las virginales flores españolas saben que a la religión y al amor ronda siempre la muerte en la sanguinaria España.

¡Paso al fúnebre cortejo!

Avanza con varonil apostura un hombre entrado en años, de severo

rostro y de perfil romano; tampoco llora. Viste elegante indumentaria de jinete de campo; es el heredero de aquellos que supieron ensanchar Castilla delante de su caballo; fué de los que cargaron en Bailén contra los franceses. Su pasado autoriza el presente.

Rostros cejijuntos y músculos en tensión se afanan en sostener con el ataúd lo inevitable.

Ved a los niños que se esfuerzan por comprender el misterio de la muerte y el destino de las flores que les entregaron sus padres.

Sólo unas mujeres lloran, envueltas en sus mantones, esa prenda sin igual española, que aquel gran rebuscador de exquisiteces femeninas, llamado Lord

Byrón, consideró solamente comparable al fazzioli veneciano.

Pasa el fúnebre cortejo destilando dolor; más nadie llora que no sea mujer; sólo autoriza el llanto la condición de madre.

España ha muerto.

.....  
Pasó el fúnebre cortejo ¡Viva España!

OTTO  
KAESTNER.





## OBRAS DEL MISMO AUTOR

(Nota del editor)

EL profesor Otto Kaestner tiene una doble y curiosa personalidad intelectual en Alemania. Primeramente se hizo notar como notable matemático publicando varios opúsculos, entre los cuales llamó poderosamente la atención el titulado «Aplicación del cálculo de probabilidades a las posibilidades de acierto en las decisiones de la vida moderna».

Partiendo de los mismos principios del célebre Condorcet, en su obra «Essais sur l'application de l'analyse a la probabilité des décisions rendues a la pluralité des voix» (1785), llegó a la conclusión de que como consecuencia del crecimiento medio de la

velocidad de los transportes, desplazamientos y comunicaciones que Kaestner estudió concienzudamente en variedad de estadísticas, las probabilidades de equivocarse en las decisiones habrá crecido en la relación de setenta a uno con relación al vivir colectivo de hace cincuenta años. Desconsoladora resultante si se atiende a la natural consecuencia que de no detenerse el crecimiento de las probabilidades de desaciertos, el progreso moderno tiene por límite el manicomio.

Consagrado como notable especialista en los conocimientos que Condorcet denominaba de «matemáticas sociales», publicó su interesante «Nota sobre la elegancia geométrica», estudiando concienzudamente variedad de curvas para deducir curiosísimas observaciones sobre la filosofía que informa la constitución de cada una de ellas. Precizando por ejemplo, la esencial cursilería de la elipse que, pretendiendo ser círculo al acercarse sus focos, no conseguirá serlo nunca por oponerse a ello su manera de engendrarse. Las consecuencias que de la «Nota sobre la ele-



gancia geométrica», pueden, según Kaestner, deducirse para el arte, la literatura y para la vida de relación fueron muy comentadas.

Ultimamente ha merecido general aprobación en Alemania un detenido estudio de aplicación del cálculo de las series algebraicas a la constitución de las distintas aristocracias o clases sociales seleccionadas. Partiendo de que todo ser humano tiene necesariamente padre y madre y de que dos hacen cuatro, precisó la fórmula que nos da con entera exactitud el número de antepasados de una persona, en la actualidad existente, al remontarse en la historia de su familia determinado número de años. Partiendo de la tal fórmula y estudiando detenidamente los censos de población de tiempos pasados, precisa Kaestner cómo no hace falta remontarse muchos siglos, para tener la seguridad de encontrar un santo, un guerrero, una meretriz y un ladrón en la familia.

De diez años a esta parte, Otto Kaestner se ha singularizado como especialista en

asuntos españoles, traduciendo y divulgando en Alemania las narraciones histórico-novelescas de Fernando de Ormaza, que le han servido, merced a notas, aclaraciones y variedad de documentos para precisar minuciosamente cuadros completos y, por decirlo así, microscópicos, del vivir colectivo de distintos períodos de nuestra historia. La novedad del asunto arranca de que siendo las narraciones de Fernando de Ormaza, mezcla de la realidad actual con la pasada, Otto Kaestner se detiene a precisar y detallar la exacta apreciación de los hechos y personas que en ellas intervienen, lo cual le permite estudiarlo al detalle, atendiendo más a la interesantísima vida social de los siglos pasados que a los grandes hechos de la historia que carecen de interés novelesco.

No entrando en nuestra especialidad editorial las obras científicas enumeraremos las principales traducciones de Otto Kaestner.

## ELENA OSORIO UND LOPE VON VEGA

Bericht der Erlebnisse eines Gespenstes des  
Hofes Philipps II

Al publicarse esta obra en español con el título **Elena Osorio y Lope de Vega**. (*Relación de lo sucedido a un fantasma de la corte de Felipe II*), el eminente crítico Rodríguez de Celis dijo de ella lo siguiente en *La Correspondencia de España*.

«Leyendo esta novela de amor se goza el deleite infinito de percibir el acre perfume que los siglos prestan a la belleza eterna, la agusta sombra de la española grandeza, la muerta poesía del Madrid de Felipe II.

No habrá un solo aficionado a la buena lectura que al cabo del primer capítulo de este libro no haya dejado la atención esclava de él; tal poder sugestivo tiene su elegante prosa y el ingenio de su fantástica acción».

Añadiendo en *El Liberal* el severo Oteiza:  
«Fernando de Ormaza llegará a ser un



Grabado de la obra «Elena Osorio y Lope de Vega»

gran novelista. Yo se lo aseguro. Y me fundo en que lo que no sabe se puede aprender y en que sabe lo que no se aprende. Lo que es arranque e inspiración.

¡Muy bien y muy bien! Sí, señor. La trama de su narración es interesante; el «truco» en que la apoya está perfectamente hallado, y toda la parte «arqueológica», expuesta con maestría, denota que ha sido estudiada a fondo».

**DON ENRIQUE VON GUZMAN, MAR-  
QUIS VON MAIRENA UND ERBE DES  
GRAF-HERZOGS VON OLIVARES**

**Erinnerungen eines Zeugen des Anfangs der  
spanischen Dekadenz**

Este libro fué publicado en español con el título **Don Enrique de Guzmán, Marqués de Mairena y heredero del Conde-Duque de Olivares**. (*Memorias y recuerdos de un testigo de los comienzos de la decadencia española*), diciendo de él Gabriel Alomar lo siguiente:

«Don Enrique de Guzmán es una obra de mayor amplitud. También el protagonista, un ciego que ha disipado en América una fortuna, siente con extraña lucidez inter-



Grabado de la obra «Don Enrique de Guzmán»

na, la memoria de una vida anterior. Ciego de nacimiento, describe con vigor pictórico, escenas en que revive su alma reencarnada y ante los cuadros de Velázquez se abandona a verdaderas evocaciones de aquellos tipos, inmortalizados en la segunda y eterna vida que les da el

arte. En ese ciego de espiritual videncia retorna al mundo Don Enrique de Guzmán, hijo bastardo del Conde-Duque, legitimado para justificar la legitimación del segundo Don Juan de Austria, hijo de Felipe IV. Y

los recuerdos, aun vagos e infantiles, se inician con el espectáeulo de la muerte de Don Rodrigo Calderón, digno y noble en su catafalco».

»La novela de Ormaza es una evocación leve y agradable de esos tiempos sombríos. Y no es uno de los menores méritos de ese joven escritor, haberse sabido sustraer a la imitación retórica, artificiosa, pedantesca, del estilo de la época, vicio en que tan fácilmente incurren los innumerables cuentistas y noveladores que colocan su acción en el siglo más desfigurado de la leyenda nacional».

La última obra traducida por Otto Kaestner tiene por título:

## DER GEHIMNISVOLLE TODT DES HERZOGS VON GASCUEÑA

Geschichte einer Dame des XV Jahrhunderts,  
die sehr geliebt hat

Correspondiendo a la última producción de Ormaza titulada, **La misteriosa muerte**



Grabado de la obra «La Misteriosa muerte del Duque de Gascuña»;



**del Duque de Gascuña.** (*Historia de una dama del siglo XV que amó mucho*).

Esta traducción ha venido a consolidar la especialidad española del profesor, pues se ha divulgado extraordinariamente, merced al misterioso atractivo del asunto que el propio Kaestner precisa de esta manera en su prólogo.

«No se sabe que admirar más, si la interesantísima trama que tiene por desenlace la muerte del último Duque de Gascuña ocurrida recientemente, o la descripción de la España de Enrique IV y de la Beltraneja con sus violentos amorios y guerras, contiendas en que intervinieron los antepasados del duque. Desde el punto de vista de la erudición es un acabado estudio de los romances viejos castellanos que tanto agradaban a Menéndez Pelayo y de la literatura del siglo XV».

del Duque de Orleans (1814) y un

anno del siglo XV con sus sucesos.

Esta traducción ha venido a consolidar la

reputación española de profesor, para su

destrucción cabalmente merecida, merced al

intencional silencio de los señores que el propio

Kantón guarda de sus escritos en su país.

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

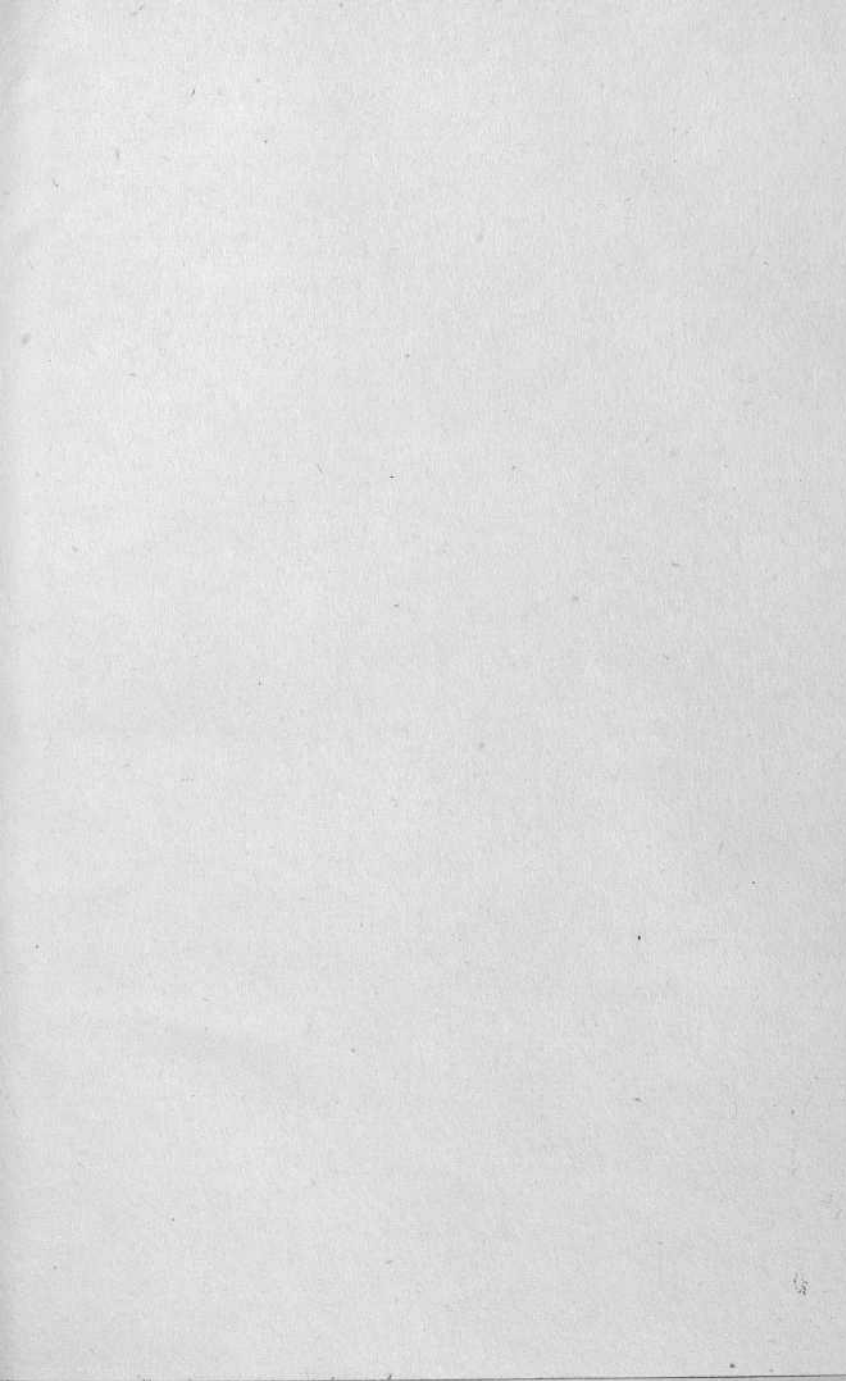
...

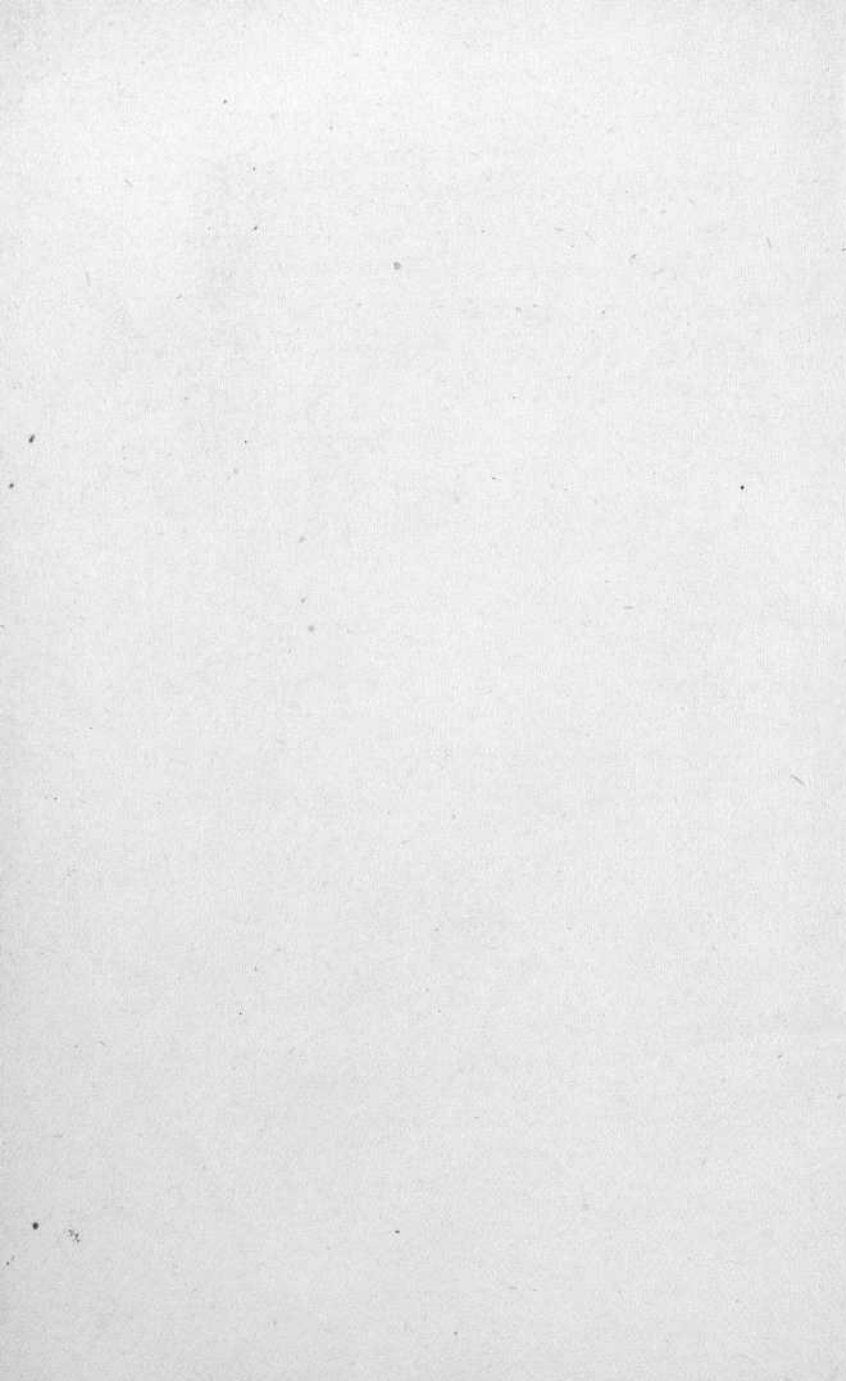
...

...

...

...





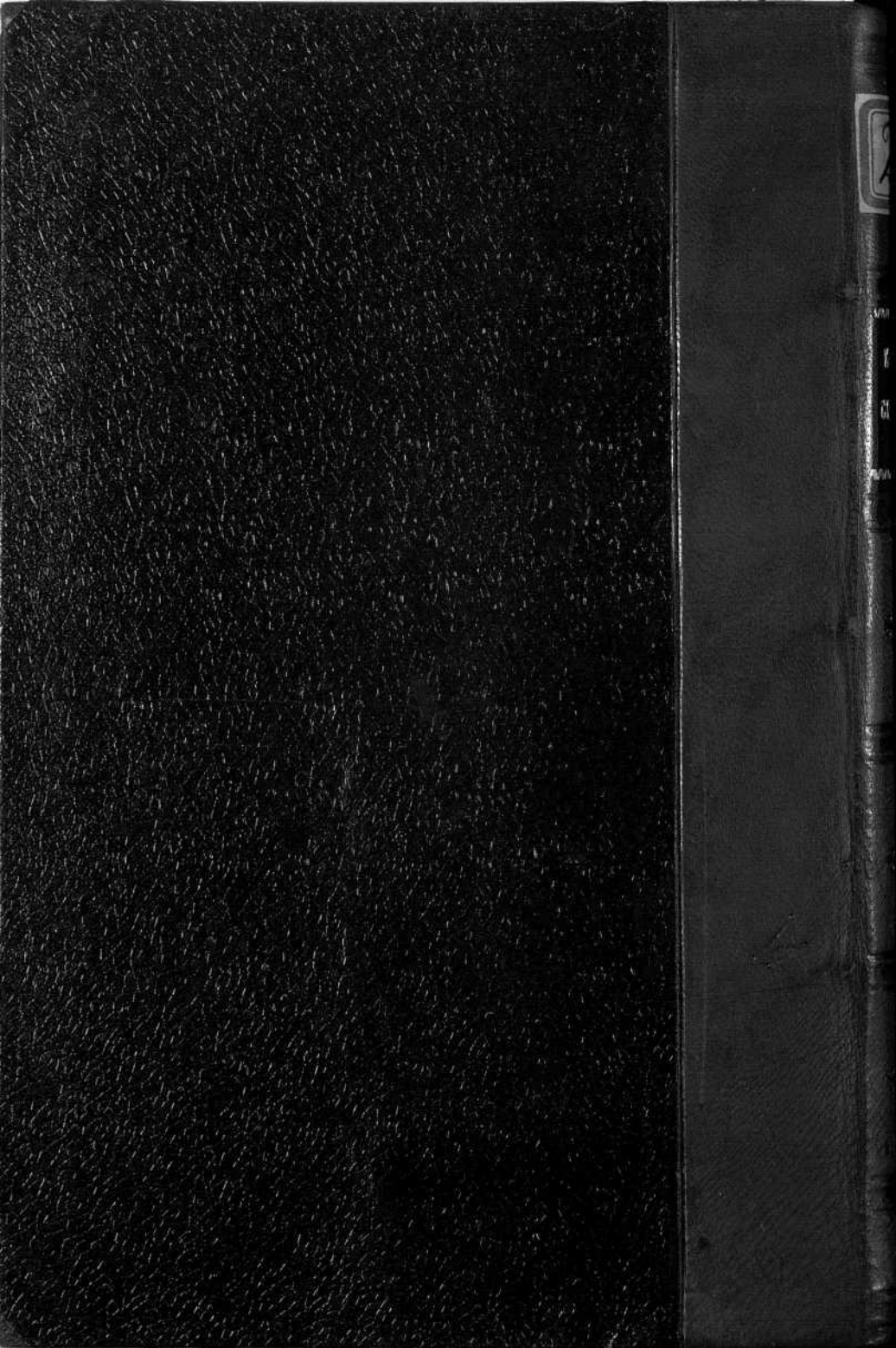




# MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

## BIBLIOTECA

Número.	27	Precio de la obra.....	Pesetas
Estante .	1	Precio de adquisición..	
Tabla...	2	Valoración actual.....	
Número de tomos.			





24.

EL TORO  
CIENTÍFICO

24.

24.

24.

24.